

denadas expresamente por la Santa Sede— opinaban de distinto modo que ellos.

De esta forma semioculta y casi vergonzante continuaron estos católicos franceses integristas, pero políticamente estuvieron muy unidos a las variadas vicisitudes del partido político que más les amparó, L'Action Française, para abocar al integrismo de los años 50, que adquirió un tinte más intelectual con la revista teológica "La Pensée Catholique", y la que es más de batalla polémica, "Itinéraires".

Así las cosas llegó el inesperado Concilio Vaticano II, que produjo una verdadera conmoción en las filas católicas. Fue como una especie de incipiente lavado de cerebro que cambió la dócil y temerosa actitud doctrinal de los católicos y les inició en una postura abierta y cuestionadora que no ha encontrado todavía claramente su norte.

Y en este punto aparece el problema de monseñor Marcel Lefèbvre. Un obispo importante que ha pasado por los más variados cargos de responsabilidad y consideración dentro de la Iglesia: religioso primero, obispo y vicario apostólico después en África negra, arzobispo de Dakar más tarde, delegado apostólico para toda el África francófona y, posteriormente, superior general de su orden religiosa, llamada Congregación del Espíritu Santo.

Al volver a Francia monseñor Lefèbvre —el auge de la negritud tiene mucho que ver con este hecho, que ha sido crucial en la vida del obispo integrista—, los obispos, sus colegas, empiezan a desconfiar de él, y le van dejando en el ostracismo hasta pedir que no esté en la Conferencia Episcopal francesa.

Tras el Concilio viene el endurecimiento de su postura y su



aislamiento. Pero hemos de preguntarnos si es justo el duro tratamiento que le ha dado la Santa Sede a este obispo conservador, que ayer fue exaltado y hoy rebajado por seguir siempre en un inmovilismo ingenuo y falto de perspectiva. No nos olvidemos de un hecho histórico: que los que ayer se nos decía a todos ser la única doctrina ortodoxa y sola práctica segura para un católico, es lo que ahora está defendiendo monseñor Lefèbvre, y se encuentra con la oposición de esta misma Santa Sede que hace poco nos obligaba a aceptar ciegamente las posturas que hoy defiende monseñor Lefèbvre: la Misa en latín, la ortodoxia más rígida, una moral anacrónica y un ritualismo conservador.

Complemento de este libro es también el editado por Desclée (Bilbao, 1976) titulado "La crisis de la Iglesia y monseñor Lefèbvre", en el cual el conocido padre Yves Congar, O. P., expone sus críticas al obispo integrista, librito que merece la pena citar para poder leerlo y conocer así más directamente la polémica ocurrida en Francia. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Decadencia, delincuencia, denuncia

En su difícilmente discutible prólogo a "El jardín de los suplicios" (1), Luis Antonio de Villena define así el decadentismo: "Una atracción dorada por el abismo. El gusto complaciente por sentirse fin, y paladear, por lo tanto, la destrucción; el exceso convertido en sentido máximo de la vida, y manera vital de tocar la muerte. La fascinación por lo que nos destruye, si esta

destrucción, sin negar la podredumbre, va ataviada de galas barrocas, de gestos inútiles y bellos". A lo largo de todo su preliminar, Villena ha tratado de manera magistral la novela decadente, y ha incluido en ella "El jardín de los suplicios" y el "Diario de una camarera", de Octave Mirbeau.

Pero "El jardín de los suplicios" es algo más que una novela decadentista, algo más —mucho más— que un deleite moroso en la destrucción y en la podredumbre entre flores, que contemplamos en su tercera parte. Es, más que una novela decadente, una novela delincuente. Como tal, se plantea el mundo como un lugar donde el crimen es omnipresente, como fundamento mismo de la sociedad. Su primera parte es una larga disquisición sobre este tema: unos amigos, todos hombres importantes, todos hombres de mundo, reunidos en casa de un célebre escritor de su tiempo, discuten sin prejuicios sobre el crimen, sobre el asesinato y el robo, y llegan a la conclusión de que, sin ellos, el mundo no sería lo que es, y la sociedad establecida —de la que todos los que hablan forman parte en puestos relevantes— se hundiría sin remedio. Uno de los personajes explica: "Todos somos, de un modo u otro, asesinos". La segunda parte, relato dentro del relato, es la narración de un invitado, que nos cuenta cómo, a través de peripecias picarescas, valiéndose de argucias mil y de varias canalladas, consigue un puesto relevante en la Administración; y cómo, a causa de algunos errores políticos, se ve obligado a exiliarse, a irse de Francia, en un viaje pagado por el Estado, que le llevará a Ceilán. En el viaje conoce a una hermosa inglesa, miss Clara, residente en China, de la que se enamora; deja su

destino en sus manos, no desembarca en Ceilán, y se va a China con ella. Y la tercera parte, la verdaderamente decadentista, está formada por el relato que se nos hace de los suplicios que la justicia china administra en medio de un florido jardín. Juega entonces Mirbeau con los paralelismos entre el amor y la muerte, y nos cuenta la fascinación que produce el horror supremo de la putrefacción. Pero todo esto, este cuento de horrores exquisitos, es más bien una ilustración a su tesis: que el mundo entero es un jardín de los suplicios.

Octave Mirbeau fue un periodista de denuncia, un naturalista como Zola, que denunció los excesos de su tiempo y puso en tela de juicio absolutamente todos los componentes de la pirámide social. Su novela está dedicada "A los sacerdotes, a los soldados, a los jueces, a los hombres que educan, dirigen y gobiernan a los hombres". Su decadentismo fue un oropel, un disfraz con el que hacer pasar la píldora de una violenta diatriba contra todo y contra todos. Como Georges Darien, que hizo en "Le Voleur" una novela a la vez de aventuras y de denuncia, Mirbeau cedió a los imperativos del fin de siglo francés, a una estética del horror, para mostrar el verdadero horror en que se fundamentan nuestras vidas. ■ E. HARO IBARS.

MUSICA

Semana de Madrid: Por una música viva

La "Semana de música en vivo", organizada por el Sindicato de Músicos de Madrid —un Sindicato abierto, unitario y democrático— ha cumplido sus objetivos más primordiales: poner en el tapete de una vez y por todas la situación del profesional en nuestro país. Una situación que podría resumirse, a nivel de estadísticas, en un paro real cifrado en el 80 por 100 de los trabajadores del medio. ¿Causas fundamentales? La escasa difusión de la música en vivo, en directo, y, por el contrario, la apabullante utilización de las grabaciones, los discos, las "cassettes" y los cartuchos, los "play-backs" y



Monseñor Lefèbvre.

(1) Ediciones Cupsa.